

tienen, assi la ganancia es muy mas excessiva que la del mercader, sin temor de riesgo en la mar, é sin congoxa ni costa en las aduanas, ni otros gastos é fatores en la tierra é sin pagar cambios ni seguros, con esperanza de lo que promete Ezechiél, profeta, el qual dice: «En qualquiera hora que sospirare é llamare el pecador, será perdonado.» Y es verdad que assi muriendo, será el pecador salvo; pero mucho error hace el que dexa de obrar bien, esperando esse suspiro, pues ninguno sabe si terná esse tiempo ó si se le darán sus culpas. Quien se atreve á pecar en essa confianza, digno es que esse

socorro le falte. Pues hágoos saber, alquimistas de tinta y de engaños, y á todos los otros que injustamente é con mal arte adquiriéredes bienes é riqueças temporales, que por muchos thessoros que allegueis en las Indias y fuera dellas, donde hay muchos mas officiales y mas poderosos en esse arte, que dice Sanct Ambrosio assi: «No pueden ser llamados bienes los que no puede el hombre llevar consigo á la otra vida.»

Tornemos á nuestra historia de Indias, porque esto que yo yba agora aquí acumulando á ellas, otros lo sabrán mejor decir y predicar que yo escribirlo.

CAPITULO VII.

De un subcesso de Felipe Gutierrez, gobernador de Veragua, y de la manera que tuvo para se salir de la tierra y dexarse en ella essos pocos españoles que le quedaron, y cómo se le amotinó cierta gente, é de qué forma salieron essos que á la postre quedaron.

Ya en aquella cibdad ó real, donde el gobernador tenia aquella casa é fechos los buhíos que se ha dicho, avia mucha hambre, y cada dia era mayor, y fué la gente á le pedir de aquella harina que tenia guardada, y con mucha importunacion é ruegos dió á cada uno de los que lo pedian tres celemines, y cada celemin por tres pessos é ciento é cinquenta maravedís, porque cada uno se obligó de pagarle diez pessos de oro por los tres celemines en la fundicion primera, que nunca él ni ellos vieron ni la ovo. Y el dia desta convenencia ó repartimiento de harina se le amotinaron hasta çuarenta hombres con un hidalgo, llamado, natural de Cáceres, y tomaron su camino la via del Oriente por la costa dentro de tierra hácia el Nombre de Dios, de los quales los mas murieron en el camino, que no escaparon sino los pocos que adelante se dirá. É assi como se echaron me-

nos, quiso yr el clérigo Johan de Sosa á les rogar que se tornassen, é asegurarlos de parte del gobernador: é para esto envió por una yegua, que andaba suelta del mismo clérigo, para matarla y llevar la carne para el camino, y halló solamente la cabeça della, porque los que se avian ydo la mataron y se llevaron la carne della é aun el cuero para seguir su viaje. É assi çessó la yda del padre, por falta del bastimento. Y envió el gobernador á Pedro de Ençinasola con gente hácia el Nombre de Dios, porque hácia aquella parte se avian tomado ciertos indios, para ver si hallaba algund pueblo y de comer; y topó con ciertos mahizales nuevos, y algunos dellos para se poder comer, aunque algo tiernos, y rancheó cinco ó seys pieças de indios, y entrellos uno que era muy gentil cavador é minero, é por señas dió buena raçon de dónde se cogia el oro, y claramente lo lla-

* Falta en el original el nombre de este hidalgo.

maba él oro. Y sospechóse que este indio sabia de las minas á causa del rescate de Nata, ques una villa de chripstianos en la gobernacion de Castilla del Oro, en la otra costa de la mar, en las espaldas de Veragua; y por causa deste indio se movieron el gobernador é officiales por el mismo camino, llevándole por guia para que les enseñasse las minas. É llegaron á los mahizales ques dicho, donde hallaron algunos buhíos, y despues que descansaron allí un dia, dixo el indio que otro dia llegarían á las minas, é caminaron tres hasta topar con una montaña tan alta que les turó otro á subirla, en la qual y en otras vian buhíos é aun indios, aunque luego huían. É aquejados ya de la hambre mandó el gobernador quel Pedro de Ençinasola con treynta chripstianos y el indio fuessen á buscar las minas; y el gobernador y todos los demás dieron la vuelta al real, y los treynta hombres llegaron á las minas y probó el Pedro de Ençinasola á hacer la experiencia y sacó cinco ó seys puntas de oro; pero el indio, arrepentido de aver enseñado las minas ó desesperado, se echó de una peña abaxo y se hizo pedaços.

Estas minas están tres ó quatro leguas de la mar del Norte, é otras tantas de donde estaba el asiento de aquestos chripstianos, aunque por las çiénegas é rios y malos passos estaban léxos. Están estas minas entre el rio que llaman de Belem y el otro, donde estaban poblados estos españoles. É cómo les faltaba de comer, atravessaron é salieron á la costa, é no sabian determinar de sí, porque sabian que tanta hambre avia en su real como do quiera; é como toparon la traça ó huella de los que se avian amotinado, quissieron se yr por el rastro hasta el Nombre de Dios, é dexaron al Pedro de Ençinasola, y él se tornó al gobernador con siete ú ocho, é los veynte y tantos restantes se fueron en busca de los pri-

meros amotinados para se juntar con ellos. Y vuelto al real este Pedro de Ençinasola con las nuevas ques dicho de las minas, mandó el gobernador que porque la gente cada dia se moria de hambre, que fuesen él y el capitán Mercadillo con los que mas nesçessidad tenian á los mahizales, que se dixo de susso. Estos serian hasta cinquenta hombres, con los quales dice el alcalde mayor Sanabria que fué aquel hidalgo de Cáceres que fueron los terçeros del motin, é no fué con los primeros como se dixo de susso; é á dos leguas del real; en la costa, se amotinó la mayor parte destos é se fueron por el camino que los primeros é segundos amotinados; é los que quedaron con Pedro de Ençinasola é Mercadillo, que fueron los menos, se tornaron al real. É viendo, que cada dia eran menos, assi por averse amotinado aquellas tres quadrillas, como porque los indios avian muerto assaz dellos, acordóse que el padre Johan de Sosa y el alcalde mayor Sanabria y el capitán Mercadillo é Pedro Dávalos é otros cinco ó seys chripstianos é quatro negros é dos indios fuessen por el camino, que las tres quadrillas amotinadas avian llevado para el Nombre de Dios, porque penssaban que hallarian el camino abierto, é que en pocos dias llegarían al puerto del Nombre de Dios, ó á lo menos al rio de los Lagartos, alias de Chagre; é llegados, volviessen el Sanabria con bastimento para el gobernador y la gente. É prosiguiendo su camino, desde á tres dias llegaron al rio de Belem, que algunos llaman rio Grande, el qual tiene un farallon hácia la parte del Occidente; é no pudiendo passar el rio por la boca é costa de la mar, fueron la tierra adentro baxando una bahia, que tura mas de una legua en largo é media en ancho, y estuvieron por la çiénega onçe dias con mucho trabaxo y haciendo el camino con las espadas y hachas, y passando muchos rios sin pilo-

to ni adalid, ni saber si yban atrás ni adelante; y en quatro dias, y otras vezes en dos y tres, no vian el sol. Al cabo salieron á la misma boca del rio, pero de la otra parte al Este, hácia el Nombre de Dios; é prosiguiendo el camino, é sin llevar ya cosa de comer, é por áspero é fragoso viaje é sendas, comiendo á vezes unas cañas que se hacen en la costa de la mar, é hiervas que no conosçian, é cuescos de palmas, quien los podia aver, é algunos palmitos.

Despues que ovo treynta dias que caminaban les faltaba la mayor parte de la compañía, é llegaron á un ancon, donde toparon tres gallinas de Castilla ahogadas é que ya hedian, con que se holgaron é las comieron: las quales eran de un barco que del Nombre de Dios yba á Veragua, é con tormenta avia echado parte de la carga al agua. É desde á dos dias toparon un buen rio, é para le passar, hicieron una balsa con harto trabaxo, en que passaron á mucho peligro: é passados adelante, hallaron mas de veynte hombres muertos de los amotinados, que avian perescido de hambre, y tres ó quatro vivos; é passados adelante llegaron al rio de Quebore, é hallaron hasta veynte y çinco hombres de todas las quadri-llas que se avian amotinado, y algunos dellos en carnes, como indios. Y en esta saçon el gobernador venia por la costa, é avia recogido á Pedro de Encinasola; y él passó de la otra parte del rio, y mandó que otro barco que avia topado del Nombre de Dios los passasse de aquel rio, é passaron: é porque se quedaban otros dos ó tres cerca de allí, que no querian venir á la ribera, porque allá tenian caymitos que comer, fué un compañero á los llamar sobre la palabra del clérigo Sosa; é como se tardaron, aunque los vieron venir, hizo alçar las velas al barco é se fueron. Esta inhumanidad del clérigo le atribuía el Marcos de Sanabria, que me di-

xo qué estaba presente, y aunque daban gritos no quiso el arcez del barco tornar, porque el clérigo no le dió lugar; é finalmente estos pocos llegaron al Nombre de Dios.

Peró porque es raçon que mas particularmente se diga cómo ovo el gobernador aquel barco, digo que en tanto que esta gente yba por la costa, segun otras relaciones que yo ove, de que no hizo mençion en la suya Marcos de Sanabria, mandó el gobernador á su Pedro de Encinasola é á Justo Garçia é á otro que se decía Castillo, que con treynta hombres fuessen hácia el Nombre de Dios. É ydos, subçedióles esta entrada como las otras cosas, porque hallaron tantos indios, que mataron diez compañeros dellos, é al Justo Garçia y al Castillo; y escapó por gentil corredor el Pedro de Encinasola, como lo acostumbraba, é con los veynte restantes volvió desbaratado é cada uno por su parte al real. É como el gobernador se halló con poca gente, é veía que los chripstianos eran menos cada dia, entendió en hacer garitas é fortificar aquella su casa; mas la hambre é neççesidad de todos siempre se aumentaba cada hora, y no le quedaban ya sino sessenta y dos hombres y quatro mugeres, porque continuo se morian de enfermedades y de hambre, sin que el gobernador quisiesse de dos pipas de harina que le quedaban dar parte á nadie, ni del vino é açeyte é muchas conservas que tenia, salvo á excessivos presçios. Y paréçeme que, pues lo fiaba, que aunque fueran muy mas excessivos errarian los que no lo tomaban, pues nunca se pagó ni avia de llegar aquel plaço que se les daba hasta la fundiçion del oro, que no se pensaba aver.

Quando en el prinçipio que llegó este gobernador á Veragua, fué el clérigo Sosa al Nombre de Dios á buscar lengua y volvió sin la hallar, como no faltan cobdiçiosos,

quissieron unos mercaderes enviar allá lo que no podian vender en el Nombre de Dios á los presçios que ellos quissieran; y un Hernando de Lopera fué con un barco con bastimentos é vendiólos fiados, é quedóse en Veragua esperando la paga: é como no tornó ni pudo responder con lo proçedido á otro su compañero, que se decía Hernando de Baena, envióle despues otro barco con algunos bastimentos, y para que en él se volviessse el Hernando de Lopera al Nombre de Dios. Y el Felipe Gutierrez no le dexó yr, é diciendo que assi convenia al serviçio de Sus Magestades, hízole prender, y puesto en la cárçel, aquella noche metió su hacienda en el barco, é con un criado suyo é los marineros, antes que fuesse de dia, hízose á la vela é fuése la vuelta del Nombre de Dios. Luego otro dia vinieron á combatir el pueblo sobre mill indios contra los pocos chripstianos que allí quedaban desamparados de su gobernador; porque assi como él se fué algunos indios de los que tenian avissaron á los indios bravos é dixéronles quel gobernador se avia ydo huyendo, é que los chripstianos que quedaban eran pocos y enfermos y que fácilmente serian vençidos é muertos. É poniendo en efeto su venida, llegaron sobre el pueblo, y los españoles ressiéndolos, salieron á les dar la batalla y murieron tres dellos; pero como vian que no tenian gobernador ni socorro, sino el de Dios y sus manos, diéronse tan buen recaudo, que con mucho daño de les enemigos los hicieron retraer á mas que de passo, é los desbarataron é mataron muchos dellos é hirieron muchos mas. É huydos los indios, se recogieron con la vitoria los chripstianos en aquel pueblo, é mataron el fuego que los indios le avian pegado á quatro ó çinco casas, que se quemaron.

Despues desta batalla se murieron otros treçe españoles de hambre; é ocho TOMO II.

dias continuos despues de la batalla les daban una guaçábara é venian á escaramuçar hásta las casas, é siempre mataban uno ó dos chripstianos é quedaban muertos muchos indios; pero no pensaban ellos que resçebian daño, aunque perdiessen veynte indios por un chripstiano: é assi esos pocos que quedaban de los nuestros estaban en esta vida, peleando con la hambre continuamente y con los indios.

Cómo Felipe Gutierrez llegó al Nombre de Dios, luego aquel Baena, mercader, proveyó de tornar á enviar el mismo barco á su amigo y compañero Hernando de Lopera: é llegado á Veragua, se metió en él con su gente ó familia de su casa, é con él se embarcaron luego Diego Lopez, tenedor de los bienes de los difuntos, é don Johan Perez Materano, cura que fué en aquella cibdad mal fundada, é fueron al Nombre de Dios é dixeron la neççesidad en que quedaban los chripstianos restantes, que serian hasta veynte y siete personas: é luego la cibdad del Nombre de Dios envió tres barcos con bastimentos, é tomaron aquellos pecadores y los llevaron al Nombre de Dios. Pero es de saber que en el camino, quando Felipe Gutierrez se yba, recogió á Pedro de Encinasola que con el clérigo Sosa los avia enviado á buscar socorro al Nombre de Dios quarta é tres dias avia, y en aquellos viajes que el barco de Lopera hizo recogió al clérigo Sosa, el qual desde el Nombre de Dios se fué á Panamá; é desde allí se tornó al Pirú á buscar mas dineros, con protestaçon que si los hallasse, serian mejor guardados que los que de allá avia traydo y despendido en lo ques dicho. Pero segund fué çertificado de algunos testigos de vista, en la verdad me juraron que dió la vida á muchos é los socorrió, dándoles de lo que tenia: y era obligado á lo hacer assi, lo uno por su hábito é lo otro por sus palabras, que fueron causa

de mover á muchos para yr á Veragua á la sombra de sus fábulas, y como he ya dicho, él fué mucha parte para se haçer aquella armada.

Es otro notable deste gobernador para no olvidarse, que quando se fué de Veragua con el barco del mercader Lopera ascondido de su gente é los dexó, como es dicho, saltó por su mandado un hombre en tierra á tomar una botija de agua en la costa; é avia mas de treynta hombres de los que se le avian ydo amotinados, los quales estaban desnudos é muy enfermos é los pudiera llevar é salvar, é se lo rogaron con lágrimas, é no los quiso resçebir: antes los deshonró de palabras é los llamó traydores, exçepto á un Francisco Hernandez, que era uno de aquellos, porque diçen que le dió un poco de oro que este tenia, é otros dos que assimesmo se lo pagaron. É sabido esto en el Nombre de Dios, la justicia de aquella cibdad envió á los buscar para los traer, é no hallaron vivos dellos sino cinco personas que tomaron: por manera que de todos los amotinados, que fueron mas de çiento, no escaparon sino ocho hombres.

Felipe Gutierrez se fué desde el Nombre de Dios á Panamá, é desde allí al Pirú á buscar la vida, como otros. Assi que, este fué el fin de su armada é gobernación, la qual costó muy caro á quantos le siguieron; y él no cobró aquella harina é mercaderias que vendió, como se ha dicho, porque Dios no quiere ni permite que ayan otro fin essas maneras de tracto; el qual le dé gracia para que assi él como esos pocos que escaparon de Veragua, mejor ocupen sus personas el tiempo que les queda, para que con mas honra é provecho le sirvan: que en la verdad mucha lástima es ver la carneçeria de chripstianos que tan notoriamente se vienen á perder á estas partes, sin escarmentar ni mirar en las cosas que

han aconteçido á muchos, buscando este oro.

Acuérdome que he oydo á algunos destos españoles que se hallaron en Veragua, y en espeçial á Marcos de Sanabria, de quien de'susso se hizo mençion, que en aquel tiempo de sus afliçiones y hambre, cómo se morian aquellos pecadores y no se podian enterrar é se quedaban en los buhíos é fuera dellos sin sepultura, y hedian y daban causa de mas alteraçion é morbó á los que estaban vivos; un hombre de bien que se llamaba Diego de Campo, natural de la cibdad de Toledo, viéndose muy malo é conociendo que no podia escapar, é aviendo lástima de otros que via muertos y llenos de gusanos tenia mucha pena en pensar que assi le avia de intervenir á él, é no desseaba ya mayor socorro que ser sepultado en la iglesia. É aquejado ya de la muerte, salióse del buhío, donde estaba, porque supó que estaba hecha en el çimenterio de la iglesia una sepultura para otro, y envuelto en su capa, como tenia la casa çerca, aunque con mucho trabaxo fuesse á la sepultura y echóse en ella encomendándose á Dios. É dixéronle que por qué haçia aquello; que bien podia vivir. Y él respondió que más queria morir allí que no en el buhío, porque no le faltasse sepultura. É desde á poco expiró é dió el ánima á Dios, é truxeron al otro para quien la sepultura se hizo, é ambos fueron allí sepultados. Dios haya piedad de ellos é de los demas.

Despues de todo esto, como en otra parte lo tengo dicho, se dió assiento en los pleytos que la Visoreyna y el almirante don Luis Colom, su hijo, tractaban sobre sus previllegios con el fiscal de Sus Magestades; y el Emperador, nuestro señor, como gratíssimo é justo príncipe, teniendo respecto al muy señalado servicio, é nunca otro su semejante fecho del almirante primero, don Chripstóbal Co-

lom, declaró á este almirante, su nielo, por Duque de Veragua y marqués de la isla de Sanctiago, alias Jamáyca, é almirante perpétuo destas Indias, é le hizo merçed de lo uno y de lo otro por título de mayorazgo, é con ello le conçeidió otras merçedes.

Créese que andando el tiempo, como haçienda propria, el almirante poblará aquella provincia de Veragua, é que será muy provechossa, esperándola algunos años, á causa que al presente está muy mal tractada por la mala orden que han tenido en aquella tierra los capitanes é gente que allá han ydo, seyendo como es rica de muy buenas minas de oro. Y sé ques rica, porque he seydo veçino é offiçial de Sus Magestades, veedor de las fundiçiones del oro algunos años en Castilla del Oro, con quien confina Veragua: y en mi pressençia se ha fundido muchas veçes oro, llevado de Veragua en patenas é otras pieças que por rescates se avian: é un tiempo desde la villa de Nata enviaban continuamente los chripstianos allí veçinos á sus indios mansos á rescatar en Veragua con mantas de algodón é hamacas, é traian al quarto ó quinto día que tornaban, muy buen oro. É yo lo hiçe fundir, como digo, muchas veçes, y he visto harta cantidad trayda de allí en diversos tiempos.

Aquella tierra es áspera en la mayor parte de la provincia é muy arbolada, é publicanla por enferma los que escaparon de aquellos, que fueron con Felipe Gutierrez; y no me maravillo, porque como diçe aquel probervio antiguo de los vulgares: «Cada uno diçe de la feria como le va en ella;» pero yo hallo que la mayor

enfermedad de Veragua es no entender lo que allá han ydo la forma, que se avia de tener en la poblaçion y paçificaçion de la tierra. Otras ha habido tan trabaxosas é más, y se han poblado.

Los animales que en Veragua hay son tigres, aunque yo creo, ó mejor diçiendo sospecho, que no tigres, sino panteras se deben llamar. Leonés hay de los rasos beoris, çiervos, puercos, baquiras, perico-ligeros é otros animales, de los quales todos se hará mas extensa é particular relacion en el libro siguiente del número XXIX, porque es toda una tierra.

Los bastimentos son mahiz é vino que dél se haçe, é yuca; é las aves é fructas é pescados é todo lo demás que hay en la provincia de Cueva en Castilla del Oro, que confina con Veragua, como larga é mas particularmente se relatará adelante, segund la notiçia que hasta el presente tiempo se tiene destas cosas que en las historias presentes se tocaren. Pero porque lo que de aqui adelante se dixere é tractare, en lo que toca al ducado é provincia de Veragua, es á cuenta del almirante duque, señor de aquella tierra, dexaremos aqui esta historia de Veragua, con acordar al letor que de las faltas que podrá aver notado de Felipe Gutierrez, y de la poca piedad que fuvo é del mal recaudo que se dió en aquesta tierra, seyendo gobernador della, ya lo pagó en la provincia del Pirú, donde el tirano Gonzalo Piçarro le hizo cortar la cabeça, puesto quel quedó honrado en su muerte, porque no quiso seguir al tirano. Pero puesto que acullá murió, como digo, honrado é sin culpa, de acá de Veragua la llevaba, como la historia lo ha contado.